



DE ALGUNOS HISTORIADORES Y PUBLICISTAS DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY



UBSISTE todavía en estado de conclusión el juicio histórico, documentado e imparcial, acerca de aquel esfuerzo de civilización cristiano que realizaron en nuestras tierras sacerdotes y coadjutores de la Compañía de Jesús, en las llamadas Misiones del Paraguay.

La conquista espiritual de América, en conjunto por obra del religioso y aun del sacerdote secular en su parte, asume para la historia majestad y trascendencia.

El escritor católico la estima como la obra ininterrumpida, sin intermitencia ni soluciones, que cumple el mandato del Maestro: *ite et docete*. Para el escritor no católico, apercibido de su misión y responsabilidad, el hecho y la obra permanecen actualizados, en vida y en acción presentes, en la inspiración y en la conducta de los pueblos y sociedades.

Todo intento para desplazar de su centro espiritual a las sociedades, es vano. Las inspiraciones interesadas de la política o las concepciones mezquinas de la economía martillan sin éxito sobre aquel monumento que erigió el espíritu evangélico. Es que el sujeto y objeto de su acción no fué un protagonista de novela, un sujeto de política banal o un objeto de la ciencia económica. Antes de en-

trar a la acción, el misionero, a la luz de su fe divina, definió al sujeto por su género próximo y su definición específica. Y lo encontró sobre el plano eminente de la vida exuberante que lo rodeaba, presidiendo con señorío los destinos de la historia. Mal pudo el misionero concebirlo por un solo instante, falto de la dignidad de origen y de fin. Hemos de buscar, pues, a ese actor para encontrarlo junto al misionero, no como un objeto de encomienda, un mitayo o yanacona, sino como un alma en prisión ansiosa de libertad.

Foussel de Coulanges quiere que la historia penetre en el alma de la sociedad, y que se la escriba «sin juicio ni prejuicio».

Los efectos inmediatos en la historia no guardan siempre una relación fácilmente perceptible con sus causas verdaderas. Levantan niebla y humo sobre ellas. Y en esto vale la pena reparar con detenimiento para explicarnos ciertas actitudes de contradicción. Ocurre que algunos historiadores se han dejado impresionar por los efectos atribuidos sin discernimiento de las causas, en grandes hechos históricos. Las consecuencias de este error ha sido el tributo de engaño de largas generaciones. Error y culpa grave de los que no se eximen unos y otros: quienes confunden la actividad de las causas y quienes inferiorizan el agente. Los que se sitúan en el término medio eficiente son los auténticos propulsores de la historia. La verdadera historia y la historia verdadera no se apresura: es paciente e infatigable. Clarifica su percepción con la distancia y el tiempo. Y gana en perspectiva y profundidad. Sabe e instruye que los acontecimientos de esencia humana, trascienden y tienen un movimiento de conjunto en dirección a Alfa y Omega. Integran biológicamente el organismo de las sociedades. Actúan sin descanso en su organización ininterrumpida. Nada de lo creado en el mundo espiritual se pierde. Toda adquisición en este orden aproxima a las sociedades a su plenitud. Y es ley que hacia esta plenitud

no caminamos sin contradicción y sin efusión cruenta. Historia que escribe Dios por acción de su providencia, con el material humano.

Pero, ¡cuánto espejismo en la historia que escribe el hombre! Concretándonos al asunto histórico que inspira nuestro trabajo, ya había apuntado el célebre Deán Funes que tendríamos que rectificar mojones, a la luz de la filosofía. El lo escribió como quien había percibido el calor de aquel gran hogar espiritual de la Compañía.

Hemos andado extraviados, confesémoslo. Y acaso tratamos la historia con procedimientos sensacionales, como el periodismo de mala ley.

La historia que aprende el niño en nuestras escuelas y la historia que estudia la juventud en nuestros colegios y aun aquella que halaga ocios del lector ocasional no son frecuentemente maestras de la vida. En medio de la profusión noticiosa, más de una vez se ha desdeñado, subordinado y adulterado la esencia espiritual. Pruebas con abundancia las encontramos en nuestros autores.

Cuando se entra a considerar entre nosotros — mucho más, fuera de nosotros — cuanto se ha escrito sobre las Misiones del Paraguay, es fácil percibir influencias irresistibles en el ánimo del historiador. Fuerte presión de las corrientes filosóficas, inspiraciones mezquinas de política, influencia sectaria de logias secretas, imposturas que descendían como alud desde la montaña de un siglo preocupado y prejuicioso cuando no henchido de odios filosofistas, extravíos aun de espíritus rectos al servicio de un liberalismo exuberante, inspiraciones al fin de mal consejo por el desequilibrio de intereses creados y el apogeo advertido de las ideologías se extienden como niebla densa sobre los hechos en razón directa de su innegable trascendencia. Se advertía a las claras que el enemigo no había muerto y lo que era más temible, no podrá morir. Era imprescindible, pues, pedir guardias al pretor para cerrar con siete llaves aquella lápida de su sepulcro.

Estamos asistiendo a su resurrección cuando agonizan los dioses del liberalismo, y el monstruo comunista cuyo nacimiento habíamos atribuído con suficiencia científicista, candidez prevenida a las pacíficas y benditas tierras de la Arcadia misionera, tiene ya inscrita su natividad apocalíptica con sangre inocente de millones de víctimas.

Ha retornado el sol que se obscureció en aquella tarde entristecida del último tercio del siglo XVIII.

Buen número de historiadores nuestros escribieron acerca de las Misiones Jesuíticas del Paraguay. Para los unos aquella organización evangelizadora es un ensayo teocrático, un reino teocrático, un imperio teocrático, una tentativa de régimen comunista, un sistema monástico. Para otros es un esfuerzo idealista, desacomodado a la realidad humana. Y no faltan quienes admitan que los temibles Jesuitas suplantarian en Indias la tenue autoridad real, consagrando su dinastía sacerdotal. Pero raro es el historiador nuestro que se atreve a negar la bondad, la abnegación y el espíritu de sacrificio del misionero. No bastó sin embargo la comprobación definitiva de sus virtudes, cuando definitivamente expulsos, obedecieron con mansedumbre cristiana, para desvanecer el error culpable y la animadversión injusta. Es decir: hombres buenos, abnegados, con virtud heroica, y obra mala y recriminable. Extraña categoría de seres morales!

Y veamos sucintamente algunos juicios que en ciertos casos apenas si llegan a opiniones de trance. He de ir refiriéndome a ellos sin rigor cronológico. Y conmigo va el deán Dr. Gregorio Funes.

Funes estudia en el tomo primero de su «Ensayo de Historia Civil» la obra Misionera de los Jesuitas en lo que llama con el lenguaje de las actas capitulares: república. La elogia con entusiasmo, aun cuando el célebre deán, no del todo libre de las preocupaciones de sus días, hubiera deseado como resultado de la obra, «una educación más

liberal». Refutando las apreciaciones de Azara, tan señaladamente tendenciosas e injustas, confía en que el juicio definitivo de la historia, a la luz de la filosofía, habrá justicia y tributará honores. Suya es la cita de Raynal en su «Historia Política y Filosófica de las Indias» para quien los Jesuitas «habían elevado (al indio) al más alto grado de civilización a que pudo llegar pueblo alguno del nuevo mundo y al que era posible conducir a naciones nuevas». «Muy injustamente, pues — continúa Raynal — fueron censurados los Jesuitas de tener a los indios en tutela como a niños cuando en realidad los preparaban para el pleno goce y beneficios de la libertad». Hasta el festivo Voltaire llamó a la obra de las misiones: «El triunfo de la Humanidad».

El general don Bartolomé Mitre, por quien siento la admiración patriótica que todo argentino debe a su acción y memoria ilustre, se refirió incidentalmente a las misiones al estudiar sobre todo en su historia de Belgrano aparecida en su primera edición en 1857, los factores de decadencia del Paraguay. No se manifiesta muy afecto a la orden religiosa de la Compañía de Jesús.

El Padre Hernández en su obra fundamental, «Organización social de las doctrinas guaraníes», reputa como «poco lisonjero» el juicio del General.

Más tarde, en 1892, prologando con una carta-juicio «Pinceladas Históricas» de don Ricardo Monner Sans, suaviza evidentemente y en parte rectifica su apreciación anterior. Alude el General a la oportunidad del trabajo de Monner Sans que suministra — dice — nuevos elementos de discusión o de documentación para formular un juicio definitivo sobre las Misiones».

Para Mitre, el individualismo que Itala había inoculado en la Colonia «fué el germen civilizador». La orientación colectivista atribuída al régimen de las Misiones no pudo serle simpática. Sin embargo, Mitre, en la carta-prólogo aludida enaltece la superioridad y eficacia de la acción jesuítica, frente a la obra del encomendero y a lo que él

llama «secularización», después que fueron expatriados los Jesuitas.

Por su parte, don Vicente Fidel López, quien comparte con el General Mitre, títulos de preminencia en nuestra historia, salvando escuelas y tendencias, estudia en la lección XV del «Manual de Historia Argentina» las Misiones del Paraguay.

También el Padre Hernández, en su magistral obra citada, apunta noticias equivocadas de López, en lo que respecta a la organización de las reducciones.

No obstante cierta suspicacia, característica por lo demás en el famoso autor, López reconoce y elogia la obra Misionera. Afirma, en desacuerdo con Mitre, que el sistema de las Misiones reposa sobre la protección de los derechos individuales. Para López, en contradicción con el filósofo Raynal, el indio es el niño que no puede emanciparse so pena de caer en el dominio atroz del «encomendero». El jesuita, según este autor, curó el mal presente en la medida de sus medios. De ahí que todo juicio sobre su obra ha de retrotraerse a la contemplación de los tiempos, época y medios del Misionero.

Considera en definitiva vicioso el «ensayo por la enseñanza y el trabajo en común» porque es «estacionario».

En cambio Domínguez (Luis L. Domínguez, Historia Argentina, Caps. 5 y 6) opina que el trabajo en común «suprime discordias, nivela y pone a cubierto del hambre; aunque no deja de reconocer que la vida en común «aniquila la actividad creadora y la fecundante espontaneidad». Cargo éste último evidentemente superficial que contradice la misma actividad creadora de la comunidad religiosa.

Este autor exalta con entusiasmo la santidad y el heroísmo del Misionero.

Debo ocuparme ahora de José Manuel Estrada, por cuya vigorosa personalidad confieso mi profunda admiración y a quien debo un trabajo meditado. Estrada alude en

más de una ocasión a la obra Misionera. Y la estudia en la lección XI de sus «Fragmentos Históricos».

El fuego comunicante de su apología del Misionero «cuyo incontrovertible blasón hace glorioso su nombre en los anales de la civilización», no amengua cierto acento liberal tan mal interpretado por autores posteriores, des-afectos a los Jesuitas. Estrada que ha escrito y enseñado tanto, no oculta su filiación retórica. Y tengo para mí que el orador, Cicerón o Castelar, capta en vuelo repentino las palabras y en ellas y con ellas el juicio, con victoria segura de la imaginación.

Y luego su palabra es un guijarro espinoso cogido en la corriente superficial que se transforma en arma.

Aquella su ira santa contra el comunismo presente que él no obstante lo concibe a la «sombra del templo» como el de los primeros cristianos, afirma más la grandeza de su alma enamorada de prístina libertad y dignidad humana, que arroja sombras sobre el inculpado.

Hoy podemos afirmar que el comunismo indeseable no pudo ser ni fué de origen misionero. Estrada lo hubiera reconocido si sus propósitos en principio de ejecución no hubieran sido frustradas por su temprana desaparición. Pero, Estrada reivindica la rectitud de su juicio cuando con la vehemencia de su amor a la justicia califica la expulsión de los Jesuitas como «el más torpe monumento al despotismo».

Creo que es Carlos Octavio Bunge quien en «Nuestra América», con inspiración homologada por Ingenieros, considera un hecho transcendental de la historia la expulsión de judíos de España.

El nacional-socialismo acaso no piense así. Nosotros, en cambio, argentinos y americanos, debimos residenciar a los instigadores, autores y cómplices de la expulsión de los Jesuitas, cuya repercusión inmediata inspiró y consumó el desbande de pueblos, la rapiña y el incendio y cuyas

consecuencias posteriores retardaron la grandeza naciente de varias naciones.

Vale la pena citar en este breve estudio a algunos autores de nuestros textos de historia. Son éstos quienes acaso influyan más en los juicios corrientes porque son más accesibles a maestros y a alumnos. La responsabilidad entonces, acrece. Se hace necesario no desorientar al maestro y antes que todo y sobre todo, al alumno. La trascendencia y complejidad que los más graves historiadores atribuyen a la acción espiritual y a su realización entre nosotros no pueden permanecer ni deben permanecer confiadas a la noticia insuficiente y al juicio tendencioso. Citaré, pues, a dos autores conocidos: García Merou y Ricardo Levene.

El primero en el cap. III, t. I, 2ª parte de su «Historia Argentina» afirma como evidente que «la historia ofrece pocas páginas más interesantes que las de las Misiones de América». Exalta la acción del misionero y critica, incidiendo en el error conocido, la negación de la propiedad y de la libertad. Se remite luego al juicio que atribuye a Lucio Vicente López en sus «Lecciones de Historia Argentina», acerca de la necesidad de tener presente la época y los medios con los que desarrollaron su acción los misioneros, que es precisamente lo que dice Vicente Fidel.

El doctor Ricardo Levene en el cap. X de sus lecciones de Historia Argentina también habla de comunismo. Cita a «don Ignacio de Loyola». Y afirma que sus discípulos hicieron obra de «virtud y de bondad, pero no labor orgánica de civilización».

No querría dar término a esta revisión, omitiendo a algunos publicistas y literatos argentinos, entre los que incluiré a don Pablo Groussac. Son ellos don Juan María Gutiérrez, don Leopoldo Lugones y don Ricardo Rojas.

Gutiérrez no oculta su desafección al agente y a la obra. El hecho de haberse inspirado en Azara lo prueba. Con dogmatismo constante se da por satisfecho de encontrar la verdad por la «observación» y por «el compás», como él

mismo lo declara. Ignoramos qué tipo de observación aplicó el señor Gutiérrez en su investigación.

El ilustrado político y profesor, poeta y literato es un entusiasta partidario de la observación a largas distancias. Observación, por otra parte, sospechosa a través del catalejo de Azara. El compás que debió serle familiar fué también su predilecto. No creo, por no ser suspicaz, que esta su predilección dejara de ser profesional para ser simbólica. En alguna otra página suya, al exaltar la austeridad de San Martín, asigna benemérita función al compás que fué también familiar al gran capitán. De donde tendríamos como cierto que el compás actúa a la vez de criterio de evidencia y de talismán de virtudes. Con estos elementos, Gutiérrez inculpa a los Jesuitas, el haber negado dignificación a la personalidad del indio.

No ocurre lo mismo con el Dr. Ricardo Rojas, ilustre escritor nuestro, un tanto panteísta y no menos ático, quien, en los capítulos V y VII de su *Historia de la Literatura Argentina*, escribe hermosas expresiones sobre el misionero y su acción espiritual en América. No quisiera aludir a la despreocupación en el léxico del autor del «Cristo Invisible», sorprendente en quien tiene dominio sobre la lengua y riquísimo acervo de cultura. Sorprende, sí, decía, que llame «fraile» al jesuita, «cofradía», «congregación clerical» y «organización disciplinaria» a una orden religiosa.

El Dr. Rojas asigna «complejidad y transcendencia» a la obra espiritual. «La historia — afirma el polígrafo — no conoce otra tentativa tan previsorá y grandiosa como aquella genial colonización, base y aliento de toda civilización» (cap. V, T. 2). «La obra apostólica — añade — preparó casi todas las posibilidades de la cultura europea y de la tradición civilizadora de la cultura greco-latina en el nuevo mundo».

Destaca los caracteres de lo que él llama emulación y que no fué sino celo evangélico, de jesuitas y franciscanos

en la cristianización del indio para evocar luego con acentos de intimidad el convento de su pueblo.

No tengo necesidad de declararme discípulo de «las Escuelas Teocráticas» que el ilustre escritor deja fundadas y dotadas en su estudio para afirmar que Rojas otorga al hecho histórico la importancia que tiene y le guarda los respetos merecidos.

Don Leopoldo Lugones, a su vez, es autor de una obra enteramente dedicada a las misiones, en la cual el vigoroso escritor, a quien admiramos hoy más que ayer, desplegó al viento favorable de preocupaciones juveniles, su fecunda imaginación. Pudo con más títulos que Gutiérrez hablar de «observación», aunque la suya fué como la de Rodrigo Caro.

El experimento histórico de su «Imperio Jesuítico» si ha tenido alguna ligera repercusión oficial, no cuenta más allá, como aparte al juicio definitivo.

Querría pensar fundadamente que si este ilustre escritor nuestro se hubiera dado a la investigación prolija y documentada con empeño crítico e imparcial siquiera parejo al que puso en recorrer ruinas, no sin evidente distracción poética de lo que podemos certificar quienes las conocemos, habría a esta altura de su vida y obra rectificado seriamente, informaciones y juicios.

En larga bibliografía inserta al final de su edición de 1907 abundan nombres pero no fuentes históricas auténticas. Y sea por gran complicidad de aquéllos — complicidad que felizmente para las letras argentinas, Lugones ha denunciado en otros aspectos de su fecunda obra — o por exención de culpa de éstas, su obra es deficiente como aporte y perturbadora del juicio histórico.

Terminaré esta revista de juicios refiriéndome al autor de «Estudios de Historia Argentina», don Pablo Groussac, quien con estilo francés y en lengua castellana, diestramente manejada, construye en el primero de aquellos un es-

tadio para hacer deporte irónico sobre los Jesuitas y su obra, con motivo de la semejanza del historiador Guevara.

Groussac no es benévolo cuando habla del «desnaturalizado por destino y elección». Tampoco lo es cuando vuelve a hablar de «fanáticos inermes». En uno y en otro caso es volteriano.

No sé lo que pueda ser cuando se refiere a los que llegaron a las selvas impenetrables y a los pantanos malos que habían hecho retroceder a centenares de conquistadores. Acaso, sea ripioso. Y cuando postula que «no hemos de proclamar estéril su obra y su sangre infecunda». Y cuando reconoce que aquel «apostolado y sacrificio servirán de ejemplo a otros, igualmente «sinceros y abnegados».

Pero sí sé que Groussac se esfuerza en ser «sincero y acaso abnegado» — *abneget se me tipsum* — cuando afirma que para penetrar en el asunto histórico que él trata despiadada e implacablemente, es necesario «larga pesquisa histórica» ya que «los archivos hispano-americanos apenas han sido explorados».

Y debió ser sincero también cuando califica de «sublime el sacrificio del misionero» y considera al indio como «fiera humana más aullante que los del monte». No podrá ser, en definitiva, el indio para el francés sino un «sauvage», como fuera para el romano el propio galo, un «bárbaro».

He pensado muchas veces — y lo digo ahora, por oportuno — que el escritor cuando no es un historiador de vocación y raza, se mueve a investigar o por un grande amor a la verdad — *grande amore e lungo studio* — o por una gran simpatía al pasado. (Lo contrario es también cierto). Elegir — con conciencia de elección — o entresacar del montón histórico, como quien busca una moneda antigua de su colección, un asunto dado o un personaje para asañarlo con la diatriba y el sarcasmo es por lo menos buscar satisfacciones de noble impulso en las inspiraciones sombrías del alma. En desnaturalizar la majestad de una

función sagrada, como ha de ser la del historiador en la historia. Pero aun los hombres superiores pueden darse el morboso placer del iconoclasta, o acaso el de un emperador de circo.

La historia vive, como que es vida. Y mientras viva, si no hoy, mañana, habrá siempre quién le tribute los honores de la verdad y de la justicia.

Es el tributo que yo quiero ofrecerle con mis escasas fuerzas.

V I C E N T E F. L O P E Z

